

Los que han muerto siguen viviendo y, ahora siendo purificados, nos quieren más, no menos, que nos querían cuando vivos en esta tierra. Mi madre me quería, y ella se ha ido a Dios. Seguramente sería raro si no siguiera rezando por mí, que perseverara yo en la fe hasta el fin. Y María también, siendo nuestra madre espiritual, sigue estando preocupada, uno podía decir preocupadísima, que todos los miembros del Cuerpo de su Hijo, la Iglesia, lleguen al Cielo.

A la boda de Caná, Jesús parece reluctant a actuar. “Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía,” dice (Juan 2:4). No obstante, con confianza María habla las últimas palabras que hablará en la Sagrada Escritura, “Hagan todo lo que él les diga” (Juan 2:5). La pedida de María influye a Jesús a actuar, a hacer Su primer milagro, y a empezar una serie de eventos que culminarán con Su pasión, muerte, y resurrección. Seguramente, yo quiero que María esté a mi lado cuando le pida a Jesús que haga algo para mí.

Una de mis imágenes favoritas fue desarrollada en el Siglo XVII por San Luis de Montfort. San Luis llamó a María “el Molde de Dios.” Describe a Dios poniéndose en María como nosotros pondríamos cera en un molde. Después de nueve meses en el vientre de María, Jesús nace. En este modo, María se hace un molde de Jesús. Si nosotros nos ponemos en ella, seremos formados por ella a ser justo como su Hijo, Jesús. ¿No es esto la meta de cada vida cristiana? ¿No es esto el propio significado de la palabra “cristiano”—ser un “Cristo pequeño,” hacer que Cristo esté presente en el mundo?

Honor a María le da gloria a Dios

Muchos, aun algunos católicos, parecen temer que si honramos a María quitamos algo de Jesús. Pero eso sería como si alabar una pintura quitara algo de la alabanza del artista. Sin embargo, ha sido probado repetidamente que el camino más rápido a Jesús es por y con María. Es una verdad básica de la Sagrada Escritura que Dios es invariable. Si Dios escogió entrar al mundo una vez por María, esto establece un patrón para nosotros. Si Dios va a nacer en nosotros, en nuestro corazón, entonces esto, también, será una tarea cumplida más rápidamente y más completamente por la colaboración de María.

Conclusión

En fin, no creo que ningún cristiano devoto tenga nada que temer al dejar que María entre en su vida. Nunca debíamos olvidar que las últimas palabras documentadas de María en la Sagrada Escritura son, “Hagan todo lo que él les diga” (Jn 2:5). Cuando dejamos que María entre en nuestras vidas, estamos asegurados de que ella lo considerará ser su responsabilidad directa dirigirnos

rápidamente a una relación personal e íntima con Jesús, para que hagamos lo que él nos diga todos los días de nuestra vida.

Escrito Por:

Matthew Hill, STB - University of St. Thomas Aquinas (The Angelicum), Rome, Italy

Versión Bíblica:

El Libro Del Pueblo De Dios

Para saber más:
stpaulse.com/ibelieve
streetevangelization.com

Oración de consagración a Jesús

Dios, nuestro Padre, Yo creo que por tu infinito amor me has creado. De mil maneras he rechazado tu amor. Me arrepiento de cada uno de mis pecados. Por favor, perdóname.

Gracias por enviar a tu Hijo a morir por mí, para salvarme de la muerte eterna. Yo escojo este día renovar mi alianza contigo y colocar a Jesús en el centro de mi corazón. Me entrego a él como el Señor de toda mi vida y sobre todas las cosas.

Te pido ahora que inundes mi corazón y alma con el Don de tu Espíritu Santo, y que me concedas el don de una vida nueva. Dame la gracia y la valentía para vivir como un discípulo misionero por el resto de mis días. Amén.

¿Y qué de María?

Explicar la devoción católica a María



SAINT PAUL
STREET EVANGELIZATION

Copyright © by St. Paul Street Evangelization, Inc.



SAINT PAUL
STREET EVANGELIZATION

Introducción

El tema de María, madre de Jesús el Nazareno, casi siempre aparece en cualquier conversación entre los católicos y otros cristianos. C. S. Lewis, en el prefacio de su libro *Mera cristiandad* (*Mere Christianity*), escribe:

“No hay controversia entre los cristianos que necesite ser tocada tan delicadamente como ésta [acerca de María]. Las creencias católicas acerca de ese tema no se mantienen con el fervor ordinario que corresponde a toda sincera creencia religiosa, pero (muy naturalmente) con la sensibilidad peculiar y, como fuera, caballerosa que siente un hombre cuando el honor de su madre o de su amada está en peligro. Es muy difícil de disentir de ellos de forma que no les parezca usted descortés y también herético. Y al contrario, las creencias opuestas y protestantes en cuanto al sujeto evocan sentimientos que llegan a las raíces propias de todo monoteísmo. A los protestantes radicales les parece que la distinción entre Creador y criatura (por sagrada que sea) se arriesga: que el politeísmo se ha levantado otra vez. Así es difícil de disentir de ellos de forma que usted no parezca peor que herético—pagano.”

Para los que saben la historia es quizás irónico que la persona de María, madre de Jesús, se haga un punto de división entre los católicos y nuestros hermanos cristianos separados de nosotros. Si usted se dirige hacia el Siglo XVI, el tiempo de Martín Lutero, numerosas citas de Lutero que apoyan la devoción y la oración mariana son fáciles de encontrar. Él la llamó la Virgen Sagrada y la Madre de Dios. No obstante, la realidad es que hoy la persona de María y la devoción mariana son puntos de contención entre los católicos y muchos cristianos de denominaciones varias. ¿Por qué estiman tanto a María los católicos? ¿Por qué buscan su intercesión? ¿Por qué le atribuyen tales prerrogativas como llamarla “Madre de Dios”?

¿Por qué estimar a María?

La Iglesia estima tanto a María, primero, porque la Sagrada Escritura le dice que lo haga. En el Evangelio de San Lucas, María misma dice que todas las generaciones la llamarán feliz (cf. Luc 1:48). Así, cada vez que hablamos en honor de María, cumplimos la profecía bíblica. La mayoría de los cristianos no católicos raramente hablan de María y, cuando sí, muchas veces es para condenar a las creencias católicas o, en mejor caso, para hacer alusiones pasajeras a ella durante la Navidad como, quizás, una parte necesaria del aparato que causó el nacimiento de Jesús. Pero los católicos son generosos en su alabanza de María para cumplir esa profecía que todas las generaciones la llamarán feliz. Regularmente, a veces diariamente, los católicos repiten aquel versículo bíblico relacionado, “¡Tú [María] eres bendita entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre [Jesús]!” (Luc 1:42).

Después en los Evangelios, una mujer le gritará a Jesús, “¡Feliz el seno que te llevó y los pechos que te amamantarón!” Con respuesta que muchos interpretan ser insulto antimariano, Jesús dice que no, “Felices más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la practican” (Luc 11:27-28). (Como tangente, la idea de Jesús diciendo algo aun vagamente irrespetuoso de o a María es, por supuesto, absurdo dado que Él, más que todo, perfectamente practicó los Diez Mandamientos, incluso, “Honra a tu padre y a tu madre” [Ex 20:12]). ¿Y escuchó María la Palabra de Dios y la practicó? En Lucas 1, Isabel exclama al llegar María, “Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado por parte del Señor” (Luc 1:45). Y, después, se dice que María “conservaba estas cosas en su corazón” (Luc 2:51).

La Iglesia también levanta a María para nosotros como el ejemplo perfecto de una que oyó la palabra de Dios, la creyó, la practicó, y de quien esa obediencia llevó fruto perfecto: Jesús viviendo en el mundo. María fue, entonces, la primera Cristiana, la primera que creyó en Jesús, y la primera que Lo siguió. La Iglesia levanta a María para nuestra estima y nuestro respeto dado que ella fue la primera discípula y nosotros, también, estamos llamados a ser discípulos de Jesús. En algún sentido, la Iglesia nos invita a todos a hacernos como María. Debíamos escuchar y recibir en nuestros corazones la Palabra de Dios y dejar que esa Palabra nos forme para que podamos llevar a Jesús al mundo.

¿La Madre de Dios?

Muchos reculan al oír a María llamada “la Madre de Dios.” Preguntan, “¿Cómo puede Dios, que no tenía ni principio ni fin, tener madre?” No obstante, esto meramente nos pone cara a cara con el gran misterio de la Encarnación. Al referirse a María como Madre de Dios, el intento primario y el enfoque de la Iglesia siempre ha sido preservar la identidad de Jesús. Si Jesús es Dios Encarnado, la Segunda Persona de la Trinidad Sagrada tomando una naturaleza humana, esto significa que la mujer que dio a luz a Él, a Jesús, es su madre: la Madre de Dios. En el siglo V, algunos intentaron separar el Jesús humano del Jesús divino. Pero intentar tal separación de la naturaleza humana y la Persona Divina es cortar a Jesús en dos y arriesgar una renunciación de la realidad de la Encarnación. En respuesta, el Concilio de Efeso en el Siglo V le dio a María el título Theotokos, “Madre de Dios,” no como cumplimento a María sino para reforzar la dogma de la unidad de la identidad de su Hijo, Jesús, como el Dios-Hombre.



SAINT PAUL
STREET EVANGELIZATION

María, nuestra madre

La amplia tradición cristiana del primer milenio Cristiano vio en María no sólo la Madre de Jesús, y por eso la Madre de Dios, sino también la madre de todos que creen en Jesús. En Juan 19:26-27, Jesús le encarga a Su discípulo querido a María y a María a Su discípulo querido con las palabras, “Mujer, aquí tienes tu hijo” y “Aquí tienes tu madre.” La realidad histórica aquí es que Jesús aseguraba los cuidados materiales de Su Madre por encargársela a Su discípulo favorito, muy probablemente San Juan. Rápidamente se puso normal ver el “discípulo querido” como un tipo de bíblico “cada hombre” o por lo menos “cada creyente.” Cada creyente podía ponerse a sí mismo en el lugar de San Juan, ver a Jesús crucificado, y recibir esta herencia última: ser dado al cuidado de María y llevar a María a su propia casa y corazón. Jesús nos da a cada uno que creemos en Él a su propia madre, para que ella pueda ser nuestra madre en nuestra vida con Él.

La idea de María como la madre de Jesús y nuestra madre también puede entenderse en la imagen de San Pablo de la Iglesia como el Cuerpo de Cristo. San Pablo describe la Iglesia como el Cuerpo de Cristo donde Jesús es la Cabeza del Cuerpo y nosotros somos los miembros (cf. Ef 5:23,29; Col 1:18). Bueno, en el mundo natural lo consideraríamos monstruoso si una mujer diera a luz a la cabeza de un niño y otra diera a luz al cuerpo o a los miembros. Así en el orden de gracia, María dio a luz a la Cabeza del Cuerpo y sigue, de manera espiritual, dando a luz y criando a aquellos hombres y mujeres que llegan a ser miembros del Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia.

Hasta este punto, he presentado argumentos racionales basados en varios puntos de doctrina o interpretaciones de la Sagrada Escritura. Sin embargo, el asunto de María no es meramente racional. Es un asunto del corazón. Jesús quería a su madre. ¿No debíamos nosotros imitar a Jesús? Imagínese por un momento que usted podía haber creado su propia madre. ¿Cómo habría hecho a ella? No la habría hecho bella, inteligente, santa, cariñosa, y compasiva? Jesús tenía esta oportunidad. ¿Cree que la hizo otra cosa que lo mejor?

Buscar la ayuda de María

Quizás, en algunas maneras, por qué alguien buscaría la intercesión de María ya haya sido presentado, pero probablemente es buena idea desarrollarlo un poco más aquí. El Nuevo Testamento es clarísimo que debíamos rezar los unos para los otros constantemente. Pues, el concepto de la intercesión por otros creyentes no es extraño para ningún cristiano. Jesús es claro que los que han pasado por la muerte siguen viviendo en Dios. Dice esto enfáticamente cuando critica a los Saduceos, que no creen en la resurrección del cuerpo (cf. Mateo 22:22-32).